

UNA FÁBRICA PARA UN SOLTERO

Corría el año 1880 cuando Berta y su familia llegaron, eran gente adinerada, habían decidido trasladarse a la gran ciudad para tener más oportunidades de negocio, y también con la idea de casar a su primogénito, un chaval algo atolondrado y poco agraciado físicamente. Lorenzo, que así se llamaba el mayor de los 6 hijos era el único varón de la familia, y aunque habían invertido tiempo y dinero en su educación, no parecía que hubiese servido de mucho.

Anastasio, padre de las criaturas no se explicaba cómo podía tener tan mala suerte con su hijo. Él era un hombre inteligente y bastante emprendedor, había cuadruplicado la herencia familiar ampliando, en gran medida sus tierras en la comarca, que junto con las ganaderías de su esposa Berta formaban un patrimonio nada despreciable. En esa época el negocio textil estaba en auge, y viendo una gran oportunidad había comprado una vieja fábrica que aún estando bastante deteriorada estaba en el centro de la ciudad. Muy próxima y cerca del ayuntamiento había adquirido también una gran casa, era del antiguo alcalde que parecía estar en penosas circunstancias económicas, sin duda debido a sus múltiples paseos al burdel y la taberna que estaba a las afueras del pueblo. Una vez instalada la familia y hecho las reformas oportunas, dejó la antigua fábrica totalmente renovada, había encargado de otro país unas magníficas máquinas que según le dijeron, podían coser a gran velocidad, también contrato a las mejores modistas de la zona, asegurándose que conocían bien el manejo de tales herramientas, como director tenía pensado poner a Lorenzo, haber si de una vez por todas encontraba una buena esposa. En el periódico de la ciudad tenía puesto un enorme anuncio informando de la próxima apertura de los ALMACENES ANASTASIO, con letras bien grandes, e invitaba a todo personal interesando en trabajar allí se personarse en los almacenes duramente los próximos días; harían una prueba y si resultaban contratados tendrían ventajosas condiciones de trabajo. Había comprobado en sus anteriores negocios que pagando un poco más que otros de la zona, podía sacarles mucho más rendimiento y fidelidad, quería personal serio y de confianza, sobre todo para un

negocio nuevo. La expectación los días de las pruebas fue máxima, las mujeres subidas en escaleras intentaban ver a través de los ventanales qué pruebas les pedirían, tapando algo la luz y haciendo sombra a las nerviosas aspirantes, que en esos momentos trataban de hacerse con las dichas máquinas muy atentas a las instrucciones que daban las costureras expertas .

Lorenzo, como director estaba entrevistando al personal y contratando a todas las costureras, él solo seleccionada a las que la naturaleza había sido generosa con ellas, había una que le causó un espléndida impresión, pero cuando oyó su estrepitosa voz, descartó de inmediato, también descartó a las dos siguientes pues pensaba que eran feas y quería poder elegir cuando menos novia entre todo aquel rebaño de mujeres. Pasaban después un escrupuloso examen por su madre Berta, para que diera el visto bueno.

Dándose cuenta de la situación, Anastasio decidió cortarla de raíz, bien estaba que su hijo tuviese más posibilidades de encontrar pareja, pues tenía buenos modales, buena educación y aunque algo soso y feo, al tratarle y ser el director e hijo de los dueños tendría más posibilidades. Pero de ahí a cargarse el negocio la cosa cambiaba totalmente, llamó entonces a su esposa Berta, y en voz baja le pidió que por favor la sustituyera una de las expertas costureras ya contratadas, no querrás que en la ciudad vayan diciendo que queremos ponerle un burdel más cerca al alcalde contratando solo a las guapas. ¡Oh Dios mío, no! . Decepcionado Lorenzo con la supervisión de Gertrudis, que así se llamaba la experta costurera, le pidió que al menos seleccionará a mujeres jóvenes, una empresa que empieza no puede permitirse muchos achaques de salud.

IRENE BENITO. Marzo 2022